

2142071



LA NIÑEZ CATÓLICA.



(SECCION DE «LA ENSEÑANZA CATÓLICA.»)

MADRID 10 de Marzo de 1873.—Núm. 7.º

¿POR QUÉ NO HOY?



TIENEN los niños—y á veces tambien los hombres tenemos—el maldito vicio de guardar los trabajos para *mañana*, dejándonos llevar *hoy* de la pereza.

—Niño: ¿qué no estudias la leccion?

—La estudiaré mañana.

—Niño: ¿has cumplido el encargo que te dieron?

—Lo haré mañana.

Una cosa parecida les pasa á muchos hombres.

—¿Ha pasado V. por la oficina?

—Pasaré mañana.

—¿Ha hecho V. esta diligencia, y la otra?

—Mañana las haré todas.

Y ese mañana no llega nunca, porque al otro dia hay la misma pereza, que repite otra vez al oido del holgazan que la escucha: *mañana! mañana!*

Así se pasan muchos dias sin cumplir los deberes que cada uno tiene que cumplir; los trabajos que se han de hacer se aumentan diariamente, añadiéndose los nuevos á los que vienen de atras; solo la vista de lo que no se hizo á debido tiempo, espanta; el corazon se desanima y desespera; se enfada con las cosas, siendo así que debiera enfadarse consigo mismo; y luego... en el pecado lleva la penitencia.

Si el amigo del *mañana* es estudiante, le reprueban el curso, y tiene que volver á casa con una calabaza que no le deja levantar la cabeza;

Si es criado, le despiden, y aun el amo da malos informes á todo aquel que se los pide, resultando que el perezoso no encuentra colocacion;

Si es comerciante, los parroquianos le abandonan porque nunca tiene las cosas preparadas, y sus correspondientes rompen las relaciones con él porque jamás lleva corrientes las cuentas y la correspondencia;

El pro secretario 28 Julio 1873

Si es empleado, le despiden de la oficina, viendo que no hace más que cansar con idas y venidas inútiles á la gente, cuyos expedientes no despacha;

Si es médico ó abogado, nunca logra formar clientela, porque los enfermos y los pleiteantes quieren ser servidos con prontitud.

Escuchad lo que le pasó á Perico.

Su padre le dió dinero para tomar un billete de la lotería. Perico ya quiso tomarlo, pero el primer día lo guardó para mañana; al otro día también; al tercer día hizo lo mismo. Llegó el día del sorteo, y Perico no habia tomado el billete; entonces corre á buscarlo; llega jadeante á la administracion, y le dicen que ya el despacho está cerrado.

¡Pobre Perico! ¿Qué dirá su padre cuando sepa que no ha tomado el billete? ¿Qué hará Perico para ocultárselo?

Mientras pensaba en esto, maldiciendo interiormente á su pereza y á su *mañana*, comenzaron los vendedores de papeles á gritar por la calle: *¡La lista grande! ¡La lista grande!* Perico compró una lista de los números premiados, deseando con toda su alma que en ella no estuviese el suyo, porque pensaba que en viendo su padre que no le habia tocado nada, ya no le pediría el billete. Mas, ¡oh fatalidad! El número que debia haber comprado llevaba el premio gordo. Rompió la lista, y pensó decir á su padre: *No hemos sacado nada*.

Pero cuando llegó á casa, su padre habia visto la lista, y habia comunicado á la familia y á los vecinos la suerte que creia haberle tocado.

—*¡El billete, el billete!* gritó así que vió á su hijo.

Lo que entonces pasaría, adivínelo el lector. Todo por aguardar á mañana.

Los niños aplicados y los hombres que llevan en buen orden sus negocios, jamás cuentan con mañana para lo que pueden hacer hoy: de este modo trabajan mucho, y no se cansan.

Cuando la pereza ó algun mal amigo les dice: *Eso lo harás mañana*, responden al instante: *¿Por qué no he de hacerlo hoy?* Y poniendo manos á la obra, sacuden al instante la pereza y despiden al amigo que les aconsejó mal.

Estos son los que agradan á Dios y á los hombres, y brillan en cualquier oficio ó carrera que hayan abrazado.

SOLUCION AL PROBLEMA DE MATEMÁTICAS INSERTO EN EL NÚM. 2.

Al cuádruplo de las pesetas que tenia Pedro, le faltan 6,347 más los $\frac{3}{4}$ de las que tiene, para tener tantas como Diego; sabiendo que Diego tiene 9,200 pesetas, ¿cuántas tendrá Pedro?

$$4x \times 6,347 \times \frac{3}{4} = 9,200$$

$$16x \times 25,388 \times 3x = 36,800$$

$$16x \times 3x = 36,800 - 25,388$$

$$49x = 11,412$$

$$x = 11,412 \div 49 = 232,9$$

Han resuelto este problema los Sres. Luis Galindo y Alcedo, y Manuel Sebastian y Oudevert, *alumnos de los Estudios Católicos de Madrid*.

ANÉCDOTA.

Examinábase un estudiante de medicina, y le tocó hablar de las heridas de la cabeza.

—Suponga V., le dijo el catedrático, que pasa por una posada, donde un hombre acaba de ser herido en la cabeza. ¿Qué haría V., para curarlo?

—Le pondría una tira de emplastro aglutinante, le contestó.

—¡Antes, hombre! repuso el profesor.

—Antes le lavaría la herida con agua estíptica, para contener la hemorragia.

—¡Hombre! antes de eso, replicó el maestro amostazado, le debería V. cortar los pelos de alrededor de la herida, para curarle con más desembarazo.

—Es que yo, dijo el estudiante, discurría bajo el supuesto de que el herido en la posada fuera calvo.

EL TABACO.

Leemos en la *Gaceta Universal*:

«En presencia de la estension que toma entre los niños el hábito deplorable de fumar, un experimentador ha practicado una porcion de investigaciones sobre la accion tóxica del tabaco, llegando á formular las conclusiones siguientes: 1.^a Los efectos perniciosos del tabaco sobre los jóvenes son incontestables. 2.^a El uso del tabaco provoca la palidez, la cloro-anemia, las palpitaciones cardiacas, la disminucion del número normal de glóbulos rojos, y los trastornos digestivos. 3.^a El tratamiento ordinario de la anemia, etc., es ineficaz por tanto tiempo en cuanto el hábito de fumar neutraliza su influencia. 4.^a Los niños abandonados al vicio del tabaco son pobres de inteligencia, y tienen una tendencia, más ó menos pronunciada, hácia los licores fuertes. 5.^a Los que se corrigen antes de la produccion de una lesion orgánica importante, recobran perfectamente la salud.»

SOLUCION AL PROBLEMA DEL NÚM. 1.^o

¿Por qué en algunas grutas, como la del Perro en Nápoles, el hombre puede respirar, y los perros, gatos y sapos no pueden?

Porque dicha gruta está situada en un terreno volcánico, que desprende mucho ácido carbónico, el cual, siendo una y media veces más pesado que el aire, se mantiene á poca distancia del suelo, formando una atmósfera impropia para la respiracion; de donde resulta que los perros, gatos, sapos y demas animales de corta estatura no respiran aire, sino ácido carbónico, se mueren al poco tiempo. El hombre, los caballos, y demas animales altos, llegando más arriba de aquella atmósfera, no respiran ácido carbónico, sino aire, y por esta razon pueden entrar en dicha gruta.

Han contestado á esta pregunta L. T. de la Pelilla, F. L. Sagredo, T. Rodriguez, Angel Salcedo Ruiz, Manuel Somalo, José Goicoechea, José Diaz Veguillas, Francisco Aguilar y Biosca, Alonso y Lobo, F. J. Belda, Joaquín de la Sotilla, Ramon Puigdollers y Vinader, y Patricio Armendariz, *alumnos de los Estudios Católicos*.

CARLOS HUGARD.

(1846—1871.)

(Continuacion) (1).

Este hecho, que á primera vista parecerá increíble, no puede ser más cierto. Un criado le acompañaba siempre, y muchas veces tenía que llevarlo acuestas, sobre todo en los primeros años. Aquel ardor no menguó jamás; y cuando la Sra. Hugard quería ejercer en él un poderoso influjo, tanto para encaminarle al bien como para alejarle del mal, no tenía más que decir al niño: «Si no haces lo que te digo, mañana no se te despertará á las cuatro.»

La devoción de Carlos á Nuestra Señora iba siempre en aumento. «Muchas veces encontraba en sus bolsillos, nos decía su madre, cartas muy bien cerradas y dirigidas á *Nuestra Señora de los Angeles*. El niño pedía en ellas á la Santísima Virgen y á San José la gracia de *quedar puro de todo pecado*; la merced de *no perder jamás el amor de Dios*; más comunmente rogaba á María y á José que apartaran de él todo lo que pudiera manchar su pureza.» Después de haber leído la historia de los cuarenta mártires de Sebaste, cuya fiesta le recordaba todos los años el día de su nacimiento, Carlos, que era un niño que contaba apenas ocho años, decía á su madre: «¡Oh cuánto quisiera morir, como ellos, por Jesucristo!» La Sra. Hugard se acordó de aquellos arranques infantiles del noble corazón de Carlos cuando en el mes de Abril de 1871 le oyó repetir con el semblante bañado de un gozo celestial: «¡Oh madre mía! ¡Cuán grande sería mi felicidad si yo pudiera morir por un Dios que quiso morir por nosotros!»

IV.

En 1856, Carlos comulgó por primera vez, y fácilmente se comprenderá con qué pureza y fervor debió recibir á Jesucristo. Iba á empezar para él una vida nueva. A mediados del año escolar de 1859, su madre le presentó al rector de Tivoli, y desde el día de su entrada en el colegio el niño dió muestras de lo que era. «Me hallaba en el locutorio con él, escribe la Sra. Hugard, cuando de repente sonó la campana del colegio. Al punto, sin abrazarme, se alejó para obedecer. Aquella brusca partida me conmovió hasta el punto de hacerme derramar lágrimas. Un Padre me consoló diciéndome: «Carlos será generoso en su obediencia á la regla, pero no temais que pierda la ternura de su corazón. Pronto tendreis de ello una prueba: ahora llorais su partida, tal vez dentro uno ó dos días él llorará la vuestra.» En efecto: dos días después recibí en San Juan de Luz una carta de mi hijo, en la que me suplicaba que fuera á buscarle, porque no podía vivir apartado de su familia. Aguardé, y en otra carta me hizo saber que la razón había dominado las emociones de su corazón. Carlos estaba contento, y no pensaba más que en trabajar para contentar á Dios, á sus padres y á sus maestros de Tivoli.»

Lo que luego diremos probará que aquellos primeros días de colegio dieron la idea y medida de los progresos de Carlos en la virtud, durante los años que siguieron: obediencia absoluta á la regla, inmolación íntima del corazón, sacrificio de sus más vivos y puros goces, don completo de toda su persona á Dios, tal fue en adelante el objeto de todos sus anhelos, y que jamás abandonó.

Oigamos á dos condiscípulos de Carlos, quienes nos dirán cuál fue su vida durante los seis años y medio que pasó en el colegio, esto es, desde 1859 á 1865.

El primero es hoy día religioso.

«Tuve la dicha de encontrar á Carlos Hugard entre los primeros discípulos del Pequeño-Tivoli. Esto era en 1859, y desde entonces ya no nos separamos más. Admitido al mismo tiempo en la Congregación de Nuestra Señora, permanecimos hasta el fin de nuestros estudios unidos por una verdadera amistad. Carlos era poco comunicativo; y si bien en un principio parecía sumamente reservado y hasta frío, cuando se le conocía á fondo veíase que, por el contrario, era por demás vivo y afectuoso.

(Se continuará.)

(1) Véase el núm. 3.º, pág. 12.

